

### XIII

#### Entre amigos.

En apartado gabinete de elegante café, sentámonos los cinco periodistas: los cuatro decidores, charlando con la alegría ruidosa de la cotorra que ve desde lejos el alimento que se le prepara; yo, sin sentirme alegre, aunque más lo pretendiera, procurando competir con ellos en buen humor, en garrulería y aún en el uso de ciertas palabras abundantísimas en su conversación, y que yo no sabía casi emplear,

Al estrepitoso golpear de las mesas y chocar de vasos vacíos, acudían corriendo los mozos para recibir de éste una orden relativa á un antojo especial de aquel, la recomen-

dación de servir determinado licor. Cada cual mandaba con imperio, como gente hecha á numerosa é inteligente servidumbre; todos gritaban para pedir cualquier cosa, y los gritos se confundían con las carcajadas que, á modo de aplauso adulador, sonaban al fin de cada cuento, chiste ó donaire del espléndido anfitrión.

La primera copa me abrasó la garganta, y el gesto que me obligó á hacer dió mucho que reír á los demás. Subióme luego á la cabeza cierto calor agradable, que me comunicó singular brío, desató un tanto mi lengua y fortaleció mi espíritu contra las reveltas ideas que le embargaban y venecían á mi pesar.

Los compañeros lo notaron, más fuertes que yo, como más avezados, contra influjo del licor; y como la sopa se hiciera esperar demasiado, propúsose la repetición de las copas, con aplauso de todos, y mío principalmente, que ya esperaba con inquietud una segunda oleada de aquel calor que me invadía el cerebro.

Verbosa y franca alegría se apoderó de



mí. Exaltación de afectos; ficticia sensibilidad, que me hacía ver con cariño todo lo presente; audacia para despreciar, como insignificantes, todas las dificultades de mi vida, y como fácil de dominar el destino adverso que me azotaba; afán atrevido de buscar lo peligroso para desafiarlo y vencerlo; todo esto había en mí en aquellos momentos en que me emancipaba del yugo de la razón y daba vuelo á mis ambiciones sin freno y á mi despecho encubierto bajo formas extrañas y desconocidas.

Los vinos se cambiaban con los platos; las copas chocaban á menudo, tomando cada cual el pretexto que le venía en antojo para proponer un brindis; y no fueron tan firmes las cabezas de los otros, que antes de llegar al café no estuviesen nublados los entendimientos y las lenguas pesadas, tanto como ansiosas de hablar en votos y en confidencias.

Ya Sánchez y Muñoz eran amigos íntimos para mí, á quienes me sentía capaz de entregar, si tiempo hubiera, todo lo que guardaba yo escondido en mi alma con cuidadosa

é incorruptible discreción; y á su vez los dos redactores de *El Sinapismo*, me llamaban hermano y parecían estar contentos de estrechar conmigo tan afectuosos lazos. Claveque recibía la adulación de los otros con mal encubierta vanidad, y á su vez me encomiaba, poniéndome por modelo de escritores, de caballeros, de amigos; y si alguien decía de mí un elogio, aplaudía frenéticamente, llamaba al mozo, y pedía más vino para celebrar mis glorias.

—Señores, por el espléndido anfitrión, dijo Sánchez.

—Sí, exclamó Redondo; por el poderoso Claveque, que nos asombra cada semana con su prosperidad.

Redondo tenía, como los otros, la copa en la mano, y miraba maliciosamente á Claveque, con los labios entreabiertos para continuar.

—¡Qué prosperidad! dijo el aludido con un gesto de alarma. Lo que sucede es que no cuido ni encierro lo poco que cae...

—¿Lo poco? preguntó irónicamente Muñoz.



—¡Miren al niño!

—Ayer.....

—¡Nada de ayer! gritó Claveque impacientándose, y dirigiéndome una mirada de desconfianza.

—¡Si yo vi á Ud. con Buesol y ví cuando.....

—¡Bastal gritó Claveque interrumpiendo á Sánchez.

Yo no entendí nada de esto, porque mi cabeza no estaba ya capaz de descifrar enigmas, por claros que fuesen. Claveque se había puesto serio, casi irritado, y probablemente hizo señas á los que le acorralaban, porque éstos callaron, aunque después de haber dicho:

—¿Pero que tiene eso de particular?

Claveque, á quien sin duda importaba mucho cambiar asunto de conversación, bebió á mi salud, dedicándome el centésimo elogio. Yo fuí entonces el blanco de todos. Salieron de nuevo á relucir mi talento y mi nombre de escritor; mi valor para atreverme con cualquier asunto, por espinoso que fuera; mi entereza para sostener siempre los

mismos principios, y mi energía para combatir contra todo y contra todos.

En medio de este incienso, cegado y aturdido, vaciaba yo sin resistirme las copas que se me ofrecían, y si algo pudo quedar en mi memoria de las anteriores palabras de mis compañeros, borróse por entonces, y sólo después revivió el recuerdo, cuando llegué á explicarme la significación del enigma.

Redondo habló de mí como de amigo viejo é íntimo, y dando la explicación consiguiente, contó que habíamos vivido juntos, que habíamos paseado algunas veces y asistido á bailes y enamorado mujeres; y al fin refirió como yo había requebrado á Jacinta, que ella se había vuelto loca, y que yo, cuando me atrevía ya, y aceptando los consejos de él, llegaba ya al fin deseado, por cualquier cosa, por una majadería de ella tal vez, habíala yo abandonado y me había marchado de la casa por miedo al papá.

La historia hizo reír, y á mí me causó satisfacción al principio y vergüenza al fin.

—¡Con que Jacinta! dijo Sánchez.

—¿Quién es ella? preguntó Muñoz.



—La Barbadillo, hombre; la del Puente de Monzón.

—¡Ahl ¡Y vaya que está buena la trompudal

—¡Ya lo creol

—¡Y correr á lo mejor!

—Pero, hijo, ¿en qué estaba Ud. pensando?

Me excusé como pude; pero muriéndome de vergüenza ante aquellos hombres que censuraban mi cobardía, y de los cuales cada uno se creía capaz de llevar á cabo la conquista, con la mitad de la ocasión y un cuarto demis ventajas adquiridas.

—Tienen Udes., razón; dije al cabo, en un arranque de franqueza. He sido un tonto completo. Yo he tomado la vida de cierto modo que ustedes no puede comprender, como apenas puedo comprenderla yo. Mis ideas, mis inclinaciones de muchacho de pueblo, han durado en mí hasta hace pocos días, muy pocos; pero protesto no volver á ellas jamás; ser como son los otros, como son Udes.; quitarme de escrúpulos y tontearías que amargan la vida y privan de pla-

ceres, y que ahora hasta me avergüenzan.

Dije más, mucho más, alentado por las señales de aprobación de mi auditorio; el cual coronó mi conversión con el más nutrido aplauso.

El café se mezclaba con el ardiente cognac, y la atmósfera cargada de humo de tabaco, se encendía en el gabinete, haciéndose irrespirable. Todos hablábamos á un tiempo, y en el barullo sobresalía de vez en cuando una carcajada, una protesta, ó el grito desapacible que llamaba al mozo para refrendar el café.

Mientras Claveque y los dos redactores del *Sinapismo* emprendieron una disputa sobre algo que no oí, Redondo acercó al mio su asiento, y hablamos larga é íntimamente de Jacinta. No parecía sino que Redondo, cuando no podía hacer, gustaba de que otros hiciesen algo malo.

Con gusto, y sintiéndome deseoso á cada momento más, de buscar á Jacinta, oí la relación que Redondo me hizo de lo ocurrido después de mi separación. Creyeron él y Joaquín que nada había más fácil que la



conquista de la Barbadillo, y emprendiéndola el otro con el atrevimiento y descaro que le eran propios, la asediaba en los corredores, en la sala, en su alcoba misma. Durante algún tiempo, que duró en ella quizá la esperanza de mi regreso, Jacinta rechazó dura y ásperamente á Joaquín; pero pasado aquel, comenzó á ablandarse y ponerse jovial, pasó luego á ser afectuosa, y al fin correspondió al fingido amor del cínico joven, con la vehemencia de su carácter y con la obligada condición de hablar á Barbadillo y casarse pronto.

No era eso una dificultad para Joaquín, y avanzaba rápidamente en la conquista, cuando sucedió que Redondo, redactor ya de la *La Vía del Progreso*, llevó á la sala de Barbadillo un número del periódico, en el cual se me elogiaba en un párrafo de la *crónica local*. Leía en voz alta doña Serafina Gomera, y hubo de decir mi nombre, y Redondo, notando que Jacinta había hecho un movimiento al oírle, quiso burlar con ella, é interrumpiendo á la lectora, contó que

me iba á casar por aquellos días con una muchacha cuyo nombre ignoraba.

Pintóme Redondo con vivos colores la exaltación de Jacinta, al oír tal nueva. Dijo que la tal sería un espantajo, ó alguna *de esas*; que no podía ser cierto; que sí lo sería, pero que yo era un mal caballero y que no la haría feliz ni una semana; que mentía quien lo dijera; que todo era posible en un pillo. Y después de hablar media hora, diciendo y contradiciendo, agitada y con el semblante desfigurado por la cólera, al llegar Joaquín á la sala, levantóse ella, y apartando groseramente al amante que quiso detenerla, le dijo, encaminándose á su cuarto:

—¡Quítese Ud., asqueroso!

—Al día siguiente, concluyó Redondo, Joaquín la buscó; pero ella huía, demostrando en el semblante un humor de los diablos, que conserva hasta hoy. Joaquín la persiguió hasta penetrar en su cuarto, y entonces ella, rabiosa, le echó fuera diciéndole: «¡Es Ud. muy antipático y muy su-



ciol Ya quisiera Ud. ser un pedazo de Juan, animall

Después de esto ¿qué cabía? Buscarla, abrir los brazos y dejarse querer. Esto decía Redondo.

La embriaguez se había apoderado de mi cerebro y enervaba mis fuerzas. Apoyé los codos en la mesa y sobre las manos la frente; el mundo volteaba, mareándome con su constante giro, y Jacinta pasaba y pasaba á intervalos medidos, por delante de mí, con el ceño fruncido, los ojos chispeantes, los labios secos, temblorosos y contraídos, y las narices abiertas como de bestia sofocada,

---

---

#### XIV

#### En la escalera.

El viento de la tarde bañó mi ardiente cabeza, cuando salimos del café; y con los piés vacilantes y los miembros flojos y pesados, caminé, sin saber hacia adonde, apoyado en el brazo de Redondo, que seguía asuzando mi deseo para lanzarme sobre la presa. Tal ahinco era ya por demás; pues el consejo cuadraba perfectamente con mis extraviados propósitos y con el estado de mi corazón.

Hubiera yo querido ir en aquel mismo instante al Puente de Monzón; pero Pedro me lo impidió, obligándome á esperar la noche. A las nueve Barbadillo se entretenía



en la sala leyendo ó platicando, y Jacinta, advertida de que alguien la buscaba, saldría á la escalera, poco transitada á esa hora. El mismo Redondo la haría salir, y conversaría con el viejo en tanto que yo hablaba con su hija.

Pero ¡cuidado con quedarse corto! No, señor; atreverse y más atreverse, y Jacinta no resistiría mucho tiempo.

Todo el resto de la tarde y el principio de la noche, hasta las nueve, Pedro me repitió esas ó parecidas palabras; y yo prometía ser audaz, grosero, y volvía á prometerlo y lo juraba con enérgicas expresiones.

El ardor de la embriaguez se disipaba, dando lugar al abatimiento que le sucede, lleno de desgana, de malestar y pereza; pero la entereza de mi determinación no flaqueaba, antes bien parecía hacerse mayor y más estable en la voluntad razonada, y libre de las alucinaciones de la embriaguez, á medida que volvía á la realidad y que iba despertando en mí vagamente el recuerdo de mis penas presentes y de mis tristezas futuras.

Nos encaminamos al final Puente de Monzón; y yo sentí, al entrar en la callé que no había vuelto á pisar desde mi fuga, una leve impresión como de miedo ó terror, que se hizo más fuerte al traspasar el umbral de la casa de Barbadillo.

—Mucho cuidado con Joaquín, me dijo Redondo; porque á ese muchacho se lo come la envidia.

Cuando faltaban dos escalones para acabar de subir, me detuve instintivamente.

—Sí, dijo Pedro; quédese Ud. aquí, que no ha de tardar.

Pasó un momento, durante el cual, apoyado en el pasamano, sentía yo crecer el afán de ver á Jacinta, como si un amor irresistible me hubiera arrastrado á buscarla. Latíame el corazón con fuerza, y la conciencia cada vez más clara de mi infortunio y mi abandono en la vida, acrecentaba mi deseo de lances, de impresiones y de vicios.

De repente la puerta del corredor se abrió. Jacinta se lanzó á la escalera que yo no tuve tiempo de acabar de subir, y deteniéndose en el primer peldaño, echó sobre mi hom-



bro todo su cuerpo balbuceando no se queó palabras sin articulación. Cimbró hácia atrás mi cuerpo al peso del que cayó sobre mí; rodó mi sombrero por la escalera abajo, y Jacinta, asiéndome de los cabellos con ambas manos, me sacudió furiosamente la cabeza. Y yo, agarrando con fuerza el pasamano con la izquierda, rodeaba y estrechaba el redondo cuerpo con el brazo derecho, apretándolo conmigo.

Hubo un momento así de efusión viva y brutal, en que yo callaba, mientras Jacinta seguía balbuceando palabras que me parecían injurias, entrecortadas por su respiración jadeante y ruidosa.

—¡Canalla! fué lo primero que pudo articular.

—Ya ves que te busco, dije yo en voz baja, trabajosamente.

—No tienes vergüenza, añadió Jacinta. Miráme; quiero verte bien.

Y alzándose la cara por la barba, tomóla entre sus dos manos y clavó en mis ojos su mirada, reflejándose en sus pupilas

la luz que á mis espaldas alumbraba la escalera.

—¡No tienes vergüenza! repitió con voz que parecía llena de ira.

Y asiéndome otra vez por los cabellos, volvió á sacudir mi cabeza con furor, como poseída de un amor rabioso é infernal.

—¿Por qué me dejaste? me preguntó después, encarándose conmigo. Pues qué ¿valgo yo ménos que esa?

Hincó sus dedos en mi nuca con terrible fuerza y repitió con voz más sofocada.

—¿Valgo ménos, canalla, ó crees que hay quien te quiera más que yo?

—Tú vales más que nadie, contesté enloquecido por el amor extraño que aquella mujer encendía en mi alma.

—¿Pues por qué me dejas?

—Vengo á buscarte ahora. Pero tú has exigido de mí que me case, y yo no quiero casarme contigo ni con nadie.

—¿Y qué me importa? dijo ella arrastrada por su exaltación.

—Quiero que me quieras sin condiciones.

—¡Así te quiero!



—Que no me exijas nada.

—Nada. Sólo que me quieras á mí sola.

—A tí, sólo á tí.

En la garganta de Jacinta se ahogaron las palabras, y de ella se exhaló un sonido gutural, como rugido que quiere fingirse arrullo, como debe de ser en la madriguera del tigre, la voz con que la hembra arrulla á sus cachorros. Sus brazos gruesos y vigorosos rodearon mi cuello, y por un momento creí que me ahogaba.

—Estoy celosa.....dijo babeando y trémula; por eso te quiero más. Si no hubieras venido habría ido á buscarte.

Inclinó la cabeza; su mejilla ardiente se juntó á la mía, y con movimiento de gata mimada hizo resbalar su cuerpo entre mis brazos.

—¿Así te quiere la otra? me preguntó casi poniendo en mi cuello los encendidos labios.

—No, le contesté fogosamente ¡imposible! ¡Solo tú saber querer así!

Y al venir á mi mente la imagen de Remedios, la ví raquítica, pálida, sin atracti-

vos, y sentí....que no valía la pena de amargarme la vida.

Iba yo á decirlo, llevado de una ingenuidad infame; iba yo á declararlo á Jacinta como una demostración de mi exaltado amor y de mi sincero arrepentimiento, cuando la puerta se abrió, primero muy poco, como por mano de curioso imprudente, y en seguida por completo, dando paso á Joaquín que se lanzó á la escalera.

Jacinta se había desprendido de mis brazos al oír sonar el picaporte, y yo maquinalmente había descendido un peldaño, de suerte que hubo espacio bastante para que Joaquín se colocara entre los dos, que, azorados por la sorpresa, quedamos mudos é inmóviles en el primer instante.

El joven me reconoció y tuvo un ímpetu de cólera, que no podía ser en él más que pasajero relámpago; puesto que hay en la cólera algo de varonil y de noble.

—¿Qué haces aquí? preguntó fuera de sí á Jacinta.

—¡Y á tí qué!...replicó la Barbadillo, con valiente entono.



—Me importa, bien lo sabes.

—¡Vetel gritó ella ahogando la voz.

—Ven conmigo, repuso Joaquín.

Vuelto en mí, alcé la mano para agarrarle por la muñeca y obligarle á bajar, cuando á la negativa de Jacinta, Joaquín, empujándola hacia la puerta le dijo:

—Eres una.....

No acabó; porque la mano robusta de la hembra le cerró la boca con ruidoso bofetón, que hizo tambalear al canijo estudiante. Tras esto, Jacinta huyó hacia el interior de la casa; y yo, comprendiendo que el ruido había sido bastante fuerte para llegar á la sala, y que Jacinta tendría la habilidad de explicarlo satisfactoriamente, tomé por un brazo á Joaquín, le hice bajar en dos saltos, y en tres más ponerse conmigo en la calle y ganar la esquina.

Cuando jadeantes los dos por aquella violenta lucha nos detuvimos, Joaquín, más sofocado que yo, se apresuró á hablarme, aunque apenas lograba pronunciar tres sílabas de seguida,

—¿Pero... qué es ésto, Juanito? pudo preguntarme.

—Que es Ud. un grosero, contesté, sacudiéndole por la solapa como un varejón.

—¿Pues no la había dejado Ud? Si yo hubiera sabido..... He tenido amores con ella; me quiere; es decir, me quería y así me lo dijo.

—¡Cállese Ud! grité con rabia. Esa mujer no puede querer á nadie más que á mí, sólo á mí. Miente Ud., y muy que miente; y si ella se lo dijo, mintió ella, por burlarse de Ud. Pero de todas maneras, Ud. la ha ofendido, y esto no quedará así. Para eso le he traído, para castigar su insolencia y satisfacer mi deseo de abofetearle.

Joaquín, sin alzar un dedo, con los brazos caídos y estrechándose con la pared, procuraba alejarse de mí. Pero yo, tomado de la cólera, le sujetaba fuertemente y seguía provocándole. Apenas articulaba él una que otra débil excusa, pero con tono más bien que humilde refunfuñón y uraño, como de quien se resuelve á dejarse abofetear, sin perder el derecho al rencor y á la venganza.



—Haga Ud. lo que quiera, me respondía; yo no he tenido la culpa.

Redondo le salvó; porque llegó á punto que yo iba á azotar la cara del cobarde muchacho.

—Pero, hijo mío, dijo Pedro, impuesto de lo ocurrido ¿qué diablos tiene Ud. que no le entran las cosas en la cabeza? Ya se convirtió Ud. en paladín de la trompuda esa. Pues sí, señor; Jacinta es eso que Joaquín dijo, y porque lo es la enamora Ud. ¿O está Ud. enamorado de ella de veras? ¡Pues vaya que tendría gracial

Se rió con todas sus ganas; habló más, burlándose de mi arranque quijotesco; volvió á reirse; Joaquín se hechó de carcajadas, y yo al fin, avergonzado de haber defendido á Jacinta, tuve que reirme para disimular mi vergüenza.

---

XV

Adelante.

Mi último artículo contra Don Mateo no apareció alsiguiente día en *El Censor*, cuando esperaba yo leerle y releerle impreso, para saborear las lindezas que del famoso general decía, y satisfacer de algún modo la sed de venganza que me abrasaba y que sentía yo acrecentar cada vez que venían á mi mente las ideas y pensamientos que en vano trataba yo de desechar ó de ahogar en sensaciones fuertes.

Llamé á Claveque y le reclamé con enojo aquella falta; pero él se disculpó con el exceso de material, del que el regente de la imprenta tomó lo que quiso, y acabó de cal-